

ELENA LLORENTE BERNARDO

UNA DE CAL y otra de karma



Capítulo 1

La «cara pan»

Voy de camino a una cita muy importante. Me presento a un concurso y llevo trabajando sin descanso durante los últimos dos meses, mi ordenador echa humo y he tenido que ponerle doble cojín a la silla. No sé si me estoy inventado una patología nueva, pero tengo «desgaste de coxis» de tanto estar sentada —en lo referente al sexo, estoy a dos velillas—.

Ya he pasado por la papelería, no sabía si imprimir a color o en blanco y negro, porque las imágenes en blanco y negro quizás no transmiten tanto. Pero el precio era desorbitado, así que he optado por renunciar al color y apostar por un papel más grueso que denote profesionalidad. El otro dilema era si hacerlo a una cara o a doble cara. Pregunté en el grupo de WhatsApp de «Diseñadores en busca del éxito», pero nadie contestaba. Al final, lo he imprimido a doble cara para que no abulte mucho, en las bases no se especifica.

Ya vislumbro el letrero de Correos, no paran de llegar mensajes y la mayoría opina que lo mejor es enviarlo a una cara, ¿crees que habré hecho mal en imprimirlo a doble cara? ¡Ay, dios mío! ¿Y si

nada más recibir mi proyecto lo descartan por haberlo enviado a doble cara? ¡Y en blanco y negro! ¿Crees que es poco profesional? ¡Mierda! Hay una cola kilométrica. Bueno, son las once y cierran a las dos y media, nada de qué preocuparse. No me voy a comer más la cabeza. Saco el móvil para leer *Orgullo y prejuicio*, por fin tengo un rato libre para empezarme el libro. Diez por ciento de batería, me tiene que alcanzar para cuando me atiendan, porque llevo la dirección apuntada en un correo electrónico. Bueno, no pasa nada, leeré un poco más y luego apago el móvil para que no gaste.

Capítulos cortos, eso me gusta. El señor Benet tiene una relación muy graciosa con su mujer, ella es una histérica y él no soporta su carácter, eso me recuerda que hoy en día las cosas no han cambiado mucho. Si ya estábamos avisados desde principios del siglo xix de que los matrimonios acaban así, ¿por qué se casa aún la gente? Me queda un cinco por ciento de batería. Acabo el capítulo tres y luego lo apago.

Me toca, me atiende una señora muy amable. Elijo el sobre urgente de cuarenta y ocho horas. Peso, nombre, apellidos, dirección, código postal. Ahora me pide los datos del destinatario. Uno por ciento de batería. Resistirá.

—Hay que poner: «A la atención de Concurso Tus muebles te reflejan».

—OK, ¿qué pongo de destinatario?

—Lux...

Se me ha apagado el móvil, ¿en serio?

—Disculpe, se me ha apagado el móvil.

—Espera que te doy un cargador...

¡Oh, mi salvación! Me lo trae y me dice que busque un enchufe, pero intento conectarlo y no entra la boquilla, está claro que no es iPhone. Vuelvo, le agradezco su amabilidad y le devuelvo el cargador... ¿Y ahora qué?

Cierran dentro de dos horas. La señora me ha dicho que si vuelvo antes de que cierren me dejará pasar. Así que ya estoy subiendo el puente. Casi me alegro de haber bajado andando, porque aparcar a las once es una odisea. Solo tengo que subir, anotar la dirección y bajar de nuevo. Tras cruzar el puente del primer cinturón de ronda, decido trotar un poquito para ir más deprisa y, justo en ese momento, un diminuto Terrier se abalanza sobre mí ladrando como un poseso. Yo grito desfavorida, el perro me sigue unos metros y después desiste. Qué locura, antes de ver su tamaño habría jurado que me iba a comer.

Ya voy por la cuesta, hace un calor de mil demonios, pero llegaré. Por el camino me cruzo con muchos conocidos que evito saludar, voy tan sofocada que a lo mejor ni me reconocen. Me para la hermana pequeña de Mónica, que iba con su hija en el cochecito. Casi no la reconozco, cómo ha cambiado, y ya tiene un bebé, tan joven, pobrecilla... ¿Quién será su marido? Dice que va a casa de su suegra, llega tarde...

«Que la fuerza te acompañe».

Llego a casa. ¡Eureka! Enciendo el ordenador. Ya tengo la dirección anotada, ahora solo hay que bajar la cuesta y llegar a mi destino, cumplir la misión encomendada, conseguir el objetivo fijado, ganar la batalla estipulada.

Bajar la cuesta siempre es más fácil que subirla, además, coger el coche ahora, a estas horas..., podría no encontrar aparcamiento o aparcar en doble fila y que me multen, como aquella vez que fui a sacar dinero del cajero y al volver —bueno...—, antes siquiera de tener el dinero en la mano, ese policía local me puso una multa, ese, el que me las pone SIEMPRE, es que le tengo fichado, siempre es el mismo, ¡será por polis!, pues siempre me las pone el mismo. Gervasio, me parece que se llama. Te odio, Gervasio.

Por suerte estoy andando y la vida me sonrío, ni siquiera me importa haber imprimido a doble cara, de perdidos al río...

Además, mi trabajo es maravilloso, lo que importa es que he preparado unos presupuestos de infarto, unos planos magníficos, unas elecciones de mobiliario espectaculares. Nada puede salir mal.

Llego a Correos, los de la cola me miran mal, no entienden que yo ya había estado aquí antes que ellos, no se ponen en mi piel, en mis zapatos... Por cierto, menos mal que llevo deportivas, porque vaya mañanita de sube y bajas que llevo.

La mujer de Correos me atiende con una sonrisa por debajo de la mascarilla. ¡Bien! Ya está enviado, misión cumplida.

Me merezco una tarta de zanahoria de Pastelitos, pero huelo a puchero de garbanzos y prácticamente son la una y media. He quedado en casa con Tania, ç. Así que, a volver a subir, pero esta vez tran-qui-la-mennnn-te.

Me encuentro a Tania en el portal, me saluda alzando la mano con una sonrisa, las hay con suerte, Tania es de esas personas que siempre sonrían.

—Hola, Tania, ¿qué tal en el hospital?

—Bien, ahora estoy cuidando al párroco de San José, el pobre cogió el coronavirus y estuvo en coma inducido dos meses.

—Pobre hombre...

—Sí, ahora tiene que aprender a andar otra vez, se quedó hecho polvo.

—¿A qué hora llega Marcos?

Marcos, nuestro antiguo compañero de piso, volvió a Sevilla el verano pasado, antes de la boda de Lucía, y después de un año entero, por fin, ha venido a visitarnos, estoy deseando verle. Su habitación sigue libre, así que le hemos dicho que puede quedarse a dormir en casa hasta que encuentre algo. Desde que se fue, Tania y yo hemos ido pagando el alquiler entre las dos, es un sacrificio, pero estamos tan tranquilas, que nos da pereza meter a

alguien extraño en casa y que salga mal. Si se da el caso de que alguien conocido necesite una habitación, igual la alquilamos.

Yo no es que vaya sobrada de pasta. Me van saliendo trabajos aquí y allá, amueblar un despacho, diseñar una cocina abierta..., de vez en cuando, un apartamento. Ahora estoy con la decoración de una boda, pero no he recuperado la estabilidad económica que tenía en Tunni. Al final, no les pude sacar ni un euro, no era despido impropio porque al llevar solo seis meses aún no me habían hecho fija, cero derechos. Y, para ser sinceros, en el aspecto económico voy de capa caída. Se me acabaron las colaboraciones en YouTube como hace medio año, después de esa campaña *hater* que me hizo un canal de la competencia. Por más que lloriqueé, no hubo manera de recuperar a mi audiencia, así que con YouTube solo me da para pipas. Encima han cambiado otra vez la política de la empresa y ahora solo me caen migajas.

Vamos subiendo las escaleras y empieza a sonar el móvil de Tania. Lo saca, lo mira, es Felo. No lo coge. Uy, yuyuy... qué raro. ¿No le coge el teléfono a Felo? Aquí hay tomate. Tania nunca tarda más de dos segundos en responder a su amorcito, que ya sabes que vive en Valencia y tiene un campo de naranjos, que están juntos desde el instituto y se pasan la vida entera diciéndose lo mucho que se quieren, porque verse, se ven poco, y fornicar, lo justo, pero... «polvos de calidad», como dice Tania. ¿Le digo algo? Si le pregunto, me va a decir que todo perfecto, porque es muy reservada. Vale, vale, hago la prueba.

—¿Todo bien con Felo, Tania?

—Sí, sí, todo perfecto.

Uy, uy, uy, yuyuy. Ese «sí, sí» ha sonado, ¿cómo te diría?, bueno..., lo has oído, ¿no? Ha sido un «sí, sí», «no, no». Tú ya me entiendes. Pobrecilla, seguro que Felo le pone los cuernos.

Cambiamos de tema para animarla un poco.

—¿A qué hora llega Marcos?

—Llega en el barco de las cinco.

—¿Vamos a recogerlo?

—No hace falta, se trae el coche.

—Ah... —me desinflo.

Tania me da un codazo.

—Tienes ganas de verlo, ¿eh?

No puedo evitar una risa nerviosa. Tania prosigue.

—Que vaya semanita os tirasteis el año pasado retozando juntos. —Me da otro codazo.

A mí cada vez se me ven más dientes.

—Sí, lo pasamos de fábula, a ver si este verano repetimos.

—Seguro que sí —asume Tania.

Y yo encantada, ya me veo pasando un verano de infarto yendo y viniendo con Marcos de aquí para allá y, por supuesto, dándolo todo. Tengo ganas de enrollarme con él, me encantó la última vez que estuvimos juntos, lástima que le saliera trabajo en Sevilla, porque como «follamigo» me venía de fábula... ¡Y por fin, ha vuelto!

¿Sabes cuando estás esperando a que pase algo y no sabes en qué entretenerte mientras esperas y la espera se hace como interminable y las manecillas del reloj parece que no pasan o que el reloj se ha parado literalmente y el sudor cae por tu nariz mientras animas a la manecilla a dar el paso?

Pues es que no tengo ganas de leer, no tengo ganas de ver la tele, ya me he duchado, me he acicalado, me he puesto la mejor colonia del Mercadona. No sé..., ya debería haber llegado Marcos. Son las cinco y media. ¿Habrás tenido un accidente? ¿Su barco se habrá hundido? ¿Se habrá quedado sin gasolina? No responde a mis mensajes, ni siquiera ha mirado el móvil, ¿por qué no está verde el doble *check*?

¡Ding dong! Música para mis oídos.

—¡Tania, Tania!

Me recompongo frente a la puerta, me sudan las manos, me recoloco el vestido. Cojo el pomo, es Marcos, es Marcos, empieza mi verano. Es... Marcos y... ¿su hermana?

Marcos me abraza y yo me quedo rígida, ¿quién es esa?

—Te presento a...

No sé si ha dicho María, Marina o Martina, estoy en *shock*.

—... mi novia.

¡¿Qué?!

—Anda, qué bien, enhorabuena —digo con la mejor de mis sonrisas falsas, soy experta en reaccionar rápido.

Adiós a mis atardeceres de mete-saca en el coche, adiós a mis carreras de kayak y mis revolcones marítimos, adiós, Marcos, adiós..., con la de planes que tenía para nosotros.

—Encantada —le digo a la chica, a su «novia».

Es más bien bajita, pelo corto, piel canela, ojos verdes; graciosa pero no sublime, y tiene una espinilla asquerosa en el mentón. Vamos, que me traes a la bruja de Blancanieves y son idénticas, ¿qué ha visto en ella? No lo entiendo. Y, es más, ¿qué ha visto ella en él? ¿A qué aspira? ¿Qué pretende?

—¿A qué te dedicas?

—Estudio Filología.

¡Ajá! Ni siquiera trabaja, es una mantenida.

—¿Y qué es eso?

—Lengua y literatura.

¿Qué? Mantenida y no piensa trabajar en toda su vida..., o sea, ¿filo qué? Si esa carrera ya ni existe, ¿quién estudia eso hoy en día? Niñas de papá que no quieren pegar un palo al agua. A ver, que para estudiar Filología no hay que ser muy listo. Pero esta es una excepción, por supuesto. Esta ha elegido su carrera con alevosía. Quiere vivir a costa de un pobre músico fracasado, le sacaré hasta

los tuétanos y ¿luego? Luego, si te he visto no me acuerdo. ¿Y Marcos? No se merece eso.

Procuro dejar de chasquear los dientes. Marcos y Tania están muy concentrados en su conversación y me han dejado con ¿María, Marina, Martina? Como coño se llame... hablando de...

—¿Y tú a qué te dedicas? —pregunta con chiribitas en los ojos.

—Soy youtuber —digo a regañadientes— y diseñadora de interiores.

—¡Ah, qué guay!

¿Pretende caerme bien? ¿A qué juega? ¿Me cae bien? No, no me cae bien, es una filobilleteras de tres al cuarto. La odio. ¿Y Marcos? Marcos me ha decepcionado, me esperaba más de él, la verdad.

Su novia ni siquiera se siente incómoda, es una de esas personas «cara pan» que van con el tonto subido. ¿En serio? ¿En serio Marcos ha renunciado a un verano de ensueño conmigo por ella?

—Sí, Tania, nos casamos el año que viene —oigo emitir a Marcos—, sé que es increíble viniendo de mí, pero ha sido un flechazo.

¡¿Cómo?! Estoy a punto de salir disparada rompiendo el techo, pero me contengo. No puedo hablar, no puedo tragar, no puedo respirar.

—¡Sonia, ¿qué te pasa? ¡Estás morada! —Tania me sujeta con preocupación.

Marcos aprovecha y se reúne con su ¿prometida? La coge dulcemente de la mano. Tania me pone la mano en la frente. Marcos besa a ¿María, Marina, Martina? Me pitan los oídos.

—Siéntate, Sonia. —Sopapo—. ¡Sonia! Mírame.

Me encuentro con los ojos de Tania.

—Respira, Sonia, respira.

Tania lo sabe, lo sabe. Y yo solo muevo las cejas en plan plañidero.

—Vamos a la cocina —me ordena.

Dejamos a los tortolitos atrás. Marcos le está explicando a su «lo que sea» batallitas de cuando vivía aquí con nosotras. Ya en la cocina, Tania me alarga un vaso de agua.

—Bebe, anda.

No puedo hablar, ¿qué digo? Marcos y yo ni si siquiera somos nada.

—Estoy un poco decepcionada... —confieso.

Tania me acaricia el pelo.

—Ya lo sé, Sonia, pero, piénsalo bien, tú y yo sabemos que no te interesa como pareja estable, solo ibas a...

La freno.

—Tienes razón.

Me río, bebo agua. Hago una pausa pensativa. Bebo más agua.

—Pero esa chica me da mala espina —sentencio.

Tania se desternilla de risa.

—Venga, Sonia, no delires. Parece maja.

—No, es una «ni-ni».

—¿Por qué dices eso?

—Es millennial.

—Venga ya. —Me coge las manos—. Estás celosa...

Bueno, quizás estoy un poco celosa. Pero Marcos es mi amigo y no voy a dejar que nadie le arruine la vida y menos la «cara pan». Tengo que averiguar quién es y qué se propone.

Capítulo 2

Amargadas

La vida es una mierda, me aburro, no tengo trabajo estable, todo me sale mal, quiero morir, me sobran cinco kilos (en realidad, ¡diez!). «Me odio. La vida es una mierda —me repito—, soy lo peor». Con estos pensamientos tan productivos abro la puerta de Pastelitos. Lucía está en la barra atendiendo a una ancianita de esas encorvadas, de moño blanquecino y peto de flores.

—Buenos días —mis palabras han sonado como el inicio de una canción de *The Cure*.

Hundo los mofletes entre las manos, mis ojos vidriosos se cierran dejando caer una lágrima que enjugo con discreción. Miro al techo. Por un momento, me distraigo con una telaraña.

—Sonia, ¿estás bien?

Me encuentro con la calidez de Lucía y, desde mi palacio de hielo, muevo la cabeza a izquierda y derecha.

—¿Qué ha pasado?

¡Ah, no! A Lucía no le voy a contar lo que me remueve por dentro, no quiero que Marcos se entere, no quiero que nadie —aparte de Tania— sepa mis absurdos sentimientos. Esto lo

arreglo o lo arreglo. Sonia, recomponete, Sonia, ¡Sonia! Dientes. Inventa algo.

—No tengo dinero para la depilación láser.

Esto cuela seguro.

—Te entiendo.

¿Lo ves?

—Y ya estamos en verano... —prosigo.

—Ya. Tendrás que afeitarte.

—Sí, ¿te he enseñado la cicatriz que me hice afeitándome cuando iba a la universidad?

Lucía mueve la cabeza con un gesto de «guárdatelo para ti».

—Por cierto, tienes telarañas en el techo —afirmo deliberadamente.

—Ya, es que no llego con la escoba —responde Lucía con total indiferencia.

Los techos de Pastelitos son muy altos, es parte de su encanto.

Lucía me agarra las manos. Tiene una mirada, ¿cómo te diría yo? La misma que ponen los niños cuando han hecho una trastada, que miran hacia arriba, se muerden el moflete, miran hacia abajo y otra vez hacia arriba y, claramente, sabes que saben que han hecho algo prohibido y quieren decírtelo, pero temen que te sienta mal y esperan que lo adivines y... ¡Basta!

—Cuéntamelo todo.

Ojiplática me he quedado. Pues no me ha dicho que le gusta un hombre que no es su marido.

—A ver, a ver, a ver... ¿De qué lo conoces?

—Bueno, ya sabes que Luis se puso muy pesado con que estudiara oposiciones y dejara la cafetería...

—Sí.

—Así que me apunté a una academia...

—Sí.

—Pues es el profesor.